

ejecutasen las órdenes de la Santa Sede. Tomó al punto las letras de Roma que trataban de la primacia de Ansegiso y se las entregó á este en union con los legados, mandando luego que este arzobispo se sentase el primero despues de ellos y delante de los demas prelados. Reclamó los Cánones Hincmaro de Reims, pero no le dió oídos el emperador. Los demas obispos, á escepcion de Frotario de Burdeos que tenia particular interés en contemporizar, pidieron que á lo menos les diesen copia de las letras pontificias; pero su demanda mereció igual desprecio que la réplica de Hincmaro. En esto se ocupó la primera sesion.

Volvieron en la sétima á tratar de este punto en ausencia del emperador. Los arzobispos, que eran nueve, respondieron que estaban dispuestos á obedecer á las órdenes del Papa, segun las reglas, asi como sus predecesores habian obedecido á los decretos de los suyos. Efectivamente, San Cesario de Arlés habia sido reconocido sin tanta oposicion por vicario apostólico en la Galia de España, desde principios del siglo VI. Despues Ansegiso, arzobispo de Sens, tomó el título de primado de las Galias y de Germania, que hoy no es mas de un título sin ninguna jurisdiccion. En la octava sesion, que fué la última y se tuvo el 16 de julio, Juan de Arezzo leyó un escrito que no fué recibido por el Concilio y ni aun se dice cuál fuese su contenido. Tambien Odon de Beauvais leyó algunos artículos que habia formado de acuerdo con los tres legados; mas parecieron llenos de contradicciones, inútiles y poco fundados en autoridad. Sin embargo, en esta asamblea, compuesta de los grandes del reino, así como del clero, representado por nueve arzobispos, cuarenta y dos obispos y cinco abades, se confirmó la eleccion del emperador Carlos como se habia hecho en el Concilio de Pavia. El acta de esta confirmacion

es del tenor siguiente: «Asi como Juan, Papa universal, eligió primeramente en Roma y consagró á nuestro augusto y glorioso emperador Carlos, y todos los obispos, abades, condes y demas personas del reino de Italia le eligieron tambien unánimemente por protector y defensor suyo; así nosotros que de orden del mismo señor y emperador hemos concurrido de Francia, Borgoña, Aquitania, Septimania, Neustria y Provenza al lugar llamado Pontion, le elegimos igualmente y confirmamos su eleccion con la misma unanimidad.»

A vista de la conducta que Hincmaro habia observado con motivo de la primacia de Sens y de las últimas turbulencias, Carlos el Calvo exigió de él un nuevo juramento de fidelidad. Este principe veia satisfechos todos sus deseos. Habia logrado estando en Roma que confirmase Su Santidad la sentencia de deposicion dada en Francia contra Hincmaro de Laon: asunto en que habia tomado el mayor empeño, y que no echó en olvido aun en medio de tantas otras empresas mucho mas importantes. Dispuso que se procediese inmediatamente á elegir obispo para la Silla de Laon que estaba aun vacante; y apenas regresó de Italia el desgraciado Hincmaro, á quien se habia privado de la libertad desde su deposicion, mandó sacarle los ojos. Se cree que este obispo turbulento habia tenido parte en la sublevacion escitada por el rey de Germania.

Hildebardo de Soissons fué uno de los prelados que concurrieron al Concilio de Pontion, y de él se refiere un rasgo de devocion muy particular. Estaba enfermo de gravedad y envió su confesion por escrito á Hincmaro de Reims, que era su metropolitano, pidiéndole que le enviase el perdon en la misma forma. Esta devocion, conforme á los usos y costumbres del tiempo, edificó á Hincmaro, quien remitió la abso-

lucion que se le pedia. Mas á fin de instruir á los simples, y no para el obispo, de quien supone espresamente que habia satisfecho á la penitencia sacramental, advierte que además de las confesiones generales en que no se especifican los pecados, es necesario confesarse individualmente con un sacerdote de todas las culpas cometidas que se traigan á la memoria. De Roberto, que era á la sazón obispo de Mans, se cuenta un ejemplo semejante, que no deja ninguna duda sobre la naturaleza de este género de acusaciones. En esta confesion, que se ha conservado hasta nuestros tiempos, no especifica Roberto ningun pecado en particular, y se acusa en unos términos tan generales y tan enérgicos, que visiblemente hace consistir todo el mérito de esta penitencia en la humildad que la dirigia. «No hay desorden, dice, á que yo no me haya entregado. Nadie es capaz de comprender el número y gravedad de mis pecados, por lo que os ruego que rompáis mis cadenas y ofrezcáis vuestras oraciones en expiacion de mis delitos.» Esto significa que pedia á los prelados reunidos, á quienes remitía su carta, el mérito de sus sufragios con las indulgencias que concede la Iglesia en el artículo de la muerte con mas largueza que en ningun otro tiempo.

Carlos el Calvo, poseedor tranquilo del imperio de Francia, de Italia, y en general de todos los Estados que habian pertenecido á sus tres sobrinos, hijos de Lotario, debia estar satisfecho sin duda alguna si la ambicion reconociese freno ó fuese resultado de un carácter elevado. Mas en los talentos comunes, del mismo modo que en los hombres extraordinarios, la esperanza de lo que puede adquirirse impide con frecuencia el gozar de los objetos que realmente se poseen. Quiso tambien Carlos invadir los Estados de sus otros sobrinos, esto es, de los hijos de Luis el Germánico,

y marchó rápidamente al Rhin con un ejército formidable. Los principes temieron, pero no se desalentaron, porque los tranquilizaba la justicia de su causa. El segundo de ellos, llamado Luis como su padre, se adelantó para disputar el paso del rio; mas antes de dar principio á las hostilidades, hizo que hablasen á su tio para tratar de reducirle á los sentimientos que dictan la naturaleza y la equidad; pero Carlos no escuchó mas que su ambicion, y entonces el jóven Luis, con una sencillez que tiene mas disculpa en la edad y en las circunstancias en que él se hallaba, recurrió á lo que llamaban *juicio de Dios* (1).

Hé aquí cómo se hicieron estas pruebas que tanto alabaron algunos escritores contemporáneos. Un obispo celebró la misa, y al llegar á la comunion se volvió al pueblo, teniendo en la mano treinta hostias consagradas para igual número de hombres que debian hacer esta prueba importante. Levantó entonces la voz, y mostrando el Cuerpo del Señor les habló en estos términos: «En nombre de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, por el Santo Evangelio y por las reliquias de los Santos conservadas en esta iglesia, os rogamos que nos digáis si defendeis una causa justa.» Contestáronle que sí, y el obispo les dió la comunion diciéndoles: «Ayúdeos el Cuerpo de Jesucristo á demostrar la verdad.» Luego que se concluyó el Santo sacrificio los condujeron á donde estaba acampado el ejército, y allí presentaron una caldera de agua hirviendo al obispo, que la bendijo con esta fórmula: «Dios Omnipotente, autor y amante de la justicia, vos que con una sola mirada estremecisteis la tierra y conservásteis á los tres niños del horno, santificad esta agua hirviendo, y manifestad con sus diversos efectos la fé ó la presuncion de los

(1) *Annal. Bertin. Fuld. et Met. ad ann. 877.*

que van á hacer la prueba con ella. Al punto acercaron á diez hombres de los treinta que habia, quienes vestidos de hábitos eclesiásticos, besaron la cruz y el Evangelio, metieron el brazo desnudo en la caldera, y le sacaron sin ninguna lesion ni señal de dolor. Tomaron otros diez con las mismas ceremonias unos hierros hechos ascua, y los pasearon en la mano por espacio de nueve pies, sin dar ninguna señal de que les causaban sensacion. Pusieron á los diez últimos en una cuba de agua fria, y al instante se fueron al fondo: lo que probaba que se defendia una buena causa, porque, segun decian, el agua arrojaba ó espelia á los perjuros. Hechas estas pruebas, referidas por algunos historiadores cuyos testimonios en este punto no son ciertamente infalibles, mandó Luis que se ayunase y se hiciesen rogativas públicas en su ejército.

Mientras esto sucedia, los enemigos que creian iban á obtener una segura victoria, se reian de todas estas prácticas, mirándolas como vanos recursos de la debilidad y de la cobardia. Mas no tardaron en convencerse de lo contrario; porque el ejército imperial quedó del todo derrotado, y el emperador no tuvo mas arbitrio que escapar á uña de caballo, llevando consigo el oprobio de un crimen infructuoso. Quiso lavar esta afrenta con la sangre de los verdaderos enemigos de la patria; pero unas tropas derrotadas no eran capaces de hacer frente á los normandos, mandados y acaudillados entonces, no por un capitán de bandidos, sino por el famoso duque Rollon, de un valor mas héroe que bárbaro, tan prudente como esforzado, y dotado no solo del talento de las conquistas, sino tambien de todas las prendas propias para cimentar y levantar con solidez un Estado: en una palabra, héroe completo, que á escepcion de algunos restos de barbarie, pasaba por uno de los mas

grandes personajes de su siglo.

En medio de estos apuros el Papa escribió al emperador Carlos, pidiéndole que fuese á socorrer á la Iglesia romana contra los sarracenos que asolaban con nuevo furor toda la Italia. «Derraman con furor, le dice, la sangre de los cristianos: los que se libran del hierro ó de las llamas caen en una esclavitud perpétua: las ciudades, las villas, las aldeas, abandonadas por sus habitantes, no ofrecen mas que montones de ruinas. Los obispos fugitivos se ven reducidos á mendigar, en vez de distribuir el pan de la palabra, y no tienen otro asilo que la ciudad de Roma, que se halla tambien en la mayor miseria, esperando el momento de su destruccion. Sembramos el año anterior, y nuestros enemigos cogieron la cosecha: en el presente no tenemos ni aun esperanza de cosecha, pues nos ha sido imposible sembrar nuestras tierras y salir de nuestras murallas. Y como si no fuesen bastantes los paganos para consumirnos, existen muchos cristianos que defienden y protegen su impiedad. Hablo de algunos de esos empleados que residen en nuestras fronteras y á quienes vosotros llamais marqueses. Roban estos los bienes de San Pedro en las ciudades y en los campos, y si no nos matan con el hierro, nos dan una muerte lenta y mas cruel con el hambre; y si no llevan cautivos á los fieles, los reducen á la condicion de esclavos.»

Su Santidad escribió al propio tiempo á la emperatriz Richilda, con el objeto de conseguir mas pronto el socorro que pedia. Son estas cartas del mes de noviembre de 877. En el mes de febrero siguiente, como los franceses no llegasen á Italia y se hubiesen dejado ver los sarracenos en las cercanias de Roma, envió el Pontífice nuevos despachos por medio de legados estrechando al emperador con mas eficacia que antes. Le pintó la campiña de Roma asolada

ya por los enemigos de Dios, las iglesias y los altares destruidos, los sacerdotes y las religiosas degolladas ó hechas esclavas, y todo el pais despoblado. Despues de esta pintura le invita á que cumpla las promesas que le habian valido el imperio, y le dá á entender el riesgo á que se espone si falta por su parte á las condiciones de un pacto recíproco y consiente que se vean reducidos á la desesperacion los que tanto contribuyeron á encumbrarle. El príncipe no se paró ya á reflexionar.

Vióse, pues, en la precision de ajustar una tregua con los normandos que habian desembarcado en las orillas del Sena. Habia convocado en Compiègne una asamblea de obispos, para la dedicacion de una hermosa iglesia de la Virgen, que acababa de levantar en aquella ciudad con un cabildo de cien canónigos, que despues se nombró de San Cornelio, á causa de las reliquias de este santo Pontífice. Por un decreto ó capitular dado en la misma ciudad con fecha de 7 de mayo del año 877, impuso varias contribuciones á favor de los normandos, con el objeto de que no cometiesen ninguna hostilidad, disponiendo que los abades, los condes y los empleados del rey pagasen doce dineros por la tierra en que residian, y á proporcion por las tierras que diesen á censo. Ordenó igualmente que los sacerdotes, sin esceptuar á los que servian en las iglesias pertenecientes al rey ó á los grandes, contribuyesen tambien en proporcion á sus rentas, pero que ni los mas ricos pasasen de cinco sueldos, ni los mas pobres diesen menos de cuatro dineros; y por último, que los comerciantes de las ciudades pagasen segun sus medios. En otra asamblea celebrada el mismo año en Querci, dispuso Carlos la manera con que su hijo Luis, á quien habia condecorado con el título de rey, debia regir el reino durante su ausencia (1). En este

(1) *Annal. Berlin. ad ann. 877.*

plan que es muy circunstanciado manifiesta el emperador un genio demasiado mezquino, pues no solo señala los bosques en que podrá cazar su hijo, sino que ordena que á su regreso se le dé razon del número de gamos, ciervos y demás animales que hubiese muerto el rey.

Tomadas estas precauciones corrió al punto á Italia; y Su Santidad, que por decirlo así estaba contando los momentos, salió á recibirle hasta Vercelli adonde llegó el emperador al mismo tiempo que se disponia el Pontífice á pasar adelante. Extraordinario fué el gozo que les causó este encuentro, aunque se aguó pronto, porque apenas habian llegado á Pavía cuando recibieron la noticia de que el rey Carloman, hijo primogénito de Luis de Germania, venia á marchas forzadas para hacer la guerra al emperador su tio. Dispuso Carlos que la emperatriz se retirase con sus tesoros á los desfiladeros de los Alpes, y entonces supo que la mayor parte de los caballeros que le seguian en su expedicion se habian conjurado contra él. Apoderose de su ejército un terror pánico. Pusieronse todos en fuga tras la emperatriz, lo que fué tanto mas vergonzoso, cuanto que tambien huyó Carloman por otro lado creido de la falsa noticia de que el emperador corria á caer sobre los alemanes al frente de un ejército mucho mas poderoso que el suyo. De esta suerte con tan aparente rareza de acontecimientos vengó el Señor á la naturaleza y á la Religion ultrajadas por dos príncipes cristianos, á cuya discordia debieron tambien esta vez su salvacion los enemigos del cristianismo. Por una serie de singularidades igualmente estrañas, enfermaron ambos príncipes durante su fuga. Convaleció Carloman de su enfermedad que fué bastante peligrosa, y no murió hasta tres años despues. La del emperador era una calentura muy leve, pero un médico judío llamado Sedecias, en quien tenia gran

confianza, le envenenó con un medicamento de cuyas resultas murió á los once dias, el 6 de octubre de 877. Han pretendido algunos escritores darle el dictado de Grande en consideracion á su poder; pero la posteridad le ha llamado solamente Cárlos el Calvo: príncipe en efecto mas poderoso que digno de serlo, mas ambicioso que amante de la gloria, menos prudente que artificioso y astuto, y mas ávido de conquistas que dotado de las prendas necesarias para gobernar y defender sus estados, cuanto tuvo de grande ó de singular consiste en que en la alternativa prodigiosa de prosperidades y adversidades en que pasó casi toda su vida, sostuvo mucho mejor los reveses que la buena fortuna.

La muerte de este príncipe dejaba á la Italia abandonada al furor de todos sus enemigos, así cristianos como infieles, no siendo los primeros, y especialmente Lamberto, duque de Spoleto, menos temibles al Papa Juan que los mismos sarracenos. El Pontífice resolvió refugiarse en Francia escribiendo al rey Luis llamado el Balbo ó Tartamudo, y á los obispos del reino, manifestándoles que su objeto era celebrar allí un Concilio universal para remediar los grandes males de la Iglesia. Vióse entretanto en la necesidad de tratar con los infieles que amagaban á Roma con los mas horribles estragos, conviniendo en pagarles cada año veinticinco mil marcos de plata. Para mayor afliccion y desconsuelo supo al mismo tiempo que el partido de Focio volvia á levantar la cabeza en Constantinopla. El emperador Basilio habia cambiado completamente de modo de pensar acerca de este pérfido sectario, y escribió al Papa suplicándole que le enviase legados con el pretesto de que ansiaba restablecer una armonia perfecta entre todas las partes de la Iglesia. Atraíase Basilio el respeto de Oriente, siendo en efecto el hombre mas insigne que gobernó aquel

imperio despues de Teodosio; habia triunfado de los musulmanes en Siria, en Armenia y mas allá del Eúfrates; honrábanle en Italia con el título de protector los pueblos de Benevento y de Cápua que habian sacudido el yugo de los franceses para entregarse en sus manos; y además de todas estas ventajas, que le hacian ser tenido en gran consideracion en todas partes, tenia entonces en las costas de Italia una escuadra numerosa y bien tripulada, que era el único recurso que podria tener el Papa en la urgente necesidad en que se hallaba. Estas circunstancias ó consideraciones humanas comprometieron á Juan VIII en algunos pasos que Baronio (1) califica de acciones indignas de un Pontífice romano, y que en aquella época dieron pábulo á que se propalase que con su malicia habia hecho traicion á los intereses de la Iglesia. Desde luego no mostró oponerse á las miras del emperador, y le contestó en tales términos que le hizo esperar buen resultado; y antes de emprender el viaje de Francia, le envió á Pablo, obispo de Ancona y á Eugenio de Ostia en calidad de legados.

No recogió Su Santidad el fruto que se proponia del Concilio celebrado en la ciudad de Troyes (878), elegida sin duda en los confines del reino de Luis, para que los príncipes y los prelados de Alemania pudiesen asistir á él mas cómodamente (2). Mas no concurrieron, y aconteció que á este Concilio, que se habia anunciado como universal, no asistieron mas que treinta y un obispos incluso el Pontífice y tres italianos que le acompañaron en el viaje. Arregláronse en él muchos asuntos particulares. Recibieron entre otras cosas una peticion de Hincmaro de Laon, á quien habian puesto en libertad

(1) Ann. 879.

(2) Tom. 9. Conciliór. pag. 313.

despues de la muerte del rey Cárlos: permitiéronle que celebrase el sacrificio de la misa no obstante de que estaba ciego, y se le señaló una pension sobre los bienes de su iglesia de la que quedó desposeido. El principal asunto que habia obligado al Sumo Pontífice á pasar á Francia, no tuvo resultado por mas diligencias que practicó para obligar al rey y á los obispos á que le siguiesen á Italia con sus navios de guerra, consiguiendo tan solo que le acompañase Agilmar de Clermont. Reputóse, pues, en absoluta libertad para volver esclusivamente todas sus miradas hácia Constantinopla, donde el espíritu del gobierno habia variado mucho con respecto á la Religion.

Juan VIII prosiguió la causa de la iglesia de Bulgaria agitada con tanto empeño por Adriano II. Despues de haber escrito dos veces, aunque sin ningun fruto, al patriarca Ignacio (1) para que retirase de la Bulgaria á sus misioneros, le envió por medio de los legados nombrados al emperador Basilio una nueva carta concebida en estos términos: «os hemos advertido ya dos veces que desistais de vuestras pretensiones en el pais de los búlgaros, que desde el tiempo del Papa Dámaso ha estado inmediatamente sujeto á la Iglesia romana, y debe volver á ella despues de la conversion de aquellos pueblos. Pero cerrando los ojos con obstinacion á lo que exigen de vos las leyes divinas y humanas, habeis hollado indignamente los decretos de los Santos Padres; y oponiéndos al precepto del Señor, habeis metido la hez en mies ajena. Tenemos pues derecho para separaros desde este instante de la comunión católica. Mas á fin de llevar la indulgencia pontificia hasta donde podemos hacerlo legítimamente, os lo advertimos por tercera vez por medio de nuestros legados y de nuestras letras, mandándoos que

sin perder un momento hagais salir de Bulgaria á vuestros obispos y sacerdotes. Si no los llamais sin escepcion en el espacio de treinta dias, y no renunciáis todo género de jurisdiccion sobre aquel pais, quedareis privado del Cuerpo y Sangre de nuestro Señor, hasta que obedezcais, comenzándose á contar desde dos meses despues de que hayais recibido esta carta; y si perseveráseis en vuestra obstinacion, sereis privado de la dignidad patriarcal que recobrasteis por nuestro favor, lo cual no debiérais haber olvidado. Asi uno de los motivos que inducian al Papa á usar de rigor, era que entonces los griegos del partido de Focio, aprovechándose de la avanzada edad y achaques de Ignacio, propagaban en Bulgaria el espíritu de independencian y de error. En el mismo sentido escribió el Soberano Pontífice al rey Bogoris ó Miguel.

Las maniobras de Focio, que habia vuelto á la gracia de la corte, irritaron á los orientales mas aun que el lenguaje fuerte de las cartas del Papa. Sin embargo, los búlgaros siguieron bajo la dependencia de la Silla de Constantinopla para ya no salir de ella, y no dejó de consolidarse entre ellos la Religion cristiana con el rito griego. El patriarca Ignacio habia estendido tambien su jurisdiccion sobre los rusos que se convirtieron en su tiempo. Esta nacion, que habia principiado á distinguirse durante el imperio de Miguel, se habia hecho terrible por la fiereza de costumbres y por su impiedad. Basilio, que no obstante sus prendas militares, se complacia mas en desarmar un enemigo que en combatir contra él, los atrajo á fuerza de regalos para tratar con ellos y conservar la paz, y aun logró que se prestasen á oír el Evangelio y á recibir un arzobispo consagrado por Ignacio. Al punto que llegó el prelado misionero, reunió el príncipe de los rusos á su nacion para acordar si debian abandonar la religion

(1) Epist. 78 et 79 ap. Reg.